Las Banderas del *Kamisake*
Una evaluación clínica

Ernesto Sinatra

A través de un caso clínico que voy a presentar hoy y que he dado en llamar "Las banderas del *kamisake*", vamos a transitar uno de los caminos más espinosos y difíciles, tal vez, en el tratamiento analítico: la clínica con sujetos perversos. No es frecuente que el verdadero perverso llegue al análisis, pero veamos qué problemas se presentan cuando lo hace.

Hace ya varios años había dedicado un capítulo de un libro[1] a un caso clínico que conduje, un caso verdaderamente difícil. Se trataba de un hombre que un día llegó a mi consulta con fuertes evidencias de haber sido golpeado, aunque no menos inquieto y malhumorado.

Su modo de presentación fue: "yo soy el que encarna las fuerzas del mal". Con precisión, logró condensar en una sola frase su dolor más íntimo pero también lo que se ubicaría en el curso de las entrevistas como su más preciada condición de satisfacción.

Después de tal confesión–y cuando ya parecía encontrarse aliviado– se incorporó violentamente y acercándose de un modo amenazante agregó: "ayudarme a no morir es, desde este preciso momento, su misión". ¿Qué hacer frente a esta presentación amenazante de alguien que se dirige al analista, para demandarle algo–que no es cualquier cosa–: ayudarlo a no morir mientras le adjudica al analista esa misión? Además, podríamos preguntarnos, si esta formulación invista al analista o no lo hace desde una suposición de saber.

Intervención:

[1]Sinatra, E.: "El hombre que encarnaba las fuerzas del mal", *¿Por qué los hombres son como son?*, Atuel, Buenos Aires, 1993.

–¿No lo inviste de un saber sobre la muerte?

E.S.: En principio sí, podríamos decir que lo investiría con la suposición de un saber hacer para evitar la muerte; pero formulada casi como un imperativo–incluso podemos hasta extraer el "casi". Era un imperativo que, al mismo tiempo, me adjudicaba una misión; en verdad era otra cosa que una suposición; por esta vía vamos a ubicar las coordenadas que quiero intentar transmitirles con las dificultades del caso.

Pregunta:
–Él dice primero: "yo soy la fuerza que encarna el mal". Luego agrega: "ayúdeme a no morir". O sea: "ayúdeme a que siga viviendo el mal", ¿o estaría diciendo "máteme el mal"?

E.S.: Debo decir que e ese momento no pensé en nada de eso; y creo que convendría no pensar en eso porque uno podría quedar tomado en una trampa lógica, en paradojas retóricas que, de hecho, estaban incluidas en la misma formulación. Es cierto que si uno piensa que ayuda a vivir a alguien que encarna las fuerzas del mal está haciendo vivir al mal. En principio, tenemos que aliviarnos un poco en tanto no somos exorcistas, no pertenecemos a una congregación religiosa que tendríamos que extraer el mal–y si no lo hiciéramos sería un pecado. No es ésa nuestra función.

Intervención:
–Me parece que la complicación de esa formulación es que hay un traspaso de la responsabilidad; la división, el peso, queda del lado del analista. Recordaba una formulación de un perverso, muy similar a esta: "disculpá la mochila que te pongo, pero tu tarea es ésta conmigo". Me parece que lo complicado en ese punto es que la responsabilidad y la división, quedan del lado del analista. Esta es, en parte, la dificultad que tiene el trabajo con un perverso.

Intervención:

–Me parece que el pedido es que el analista sea instrumento.

Pregunta:
–Él pone la angustia en el analista, te divide. La pregunta sería si vos, en ese momento, sentiste angustia.

E.S.: Respondimos a la primera intervención diciendo que la suposición de saber queda entre paréntesis, porque no hay tal suposición sino una exigencia; y no en relación al saber, sino al "saber hacer". Además, se podría transformar casi en paradigmática esta formulación de las dificultades en las relaciones transferenciales que se establecen con los sujetos perversos. Rápidamente queda del lado del analista la barra del sujeto y, generalmente, esto–como bien dicen–suele provocar angustia. En este caso diría que, más que angustia, quedó de mi lado un interrogante y una extrema precaución por cómo intervenir. Fue inquietante esta manera de dirigirse a mí y de levantarse, pero–como ya verán–esto no es sino el principio de lo que se avecinaría.

El motivo de consulta era por demás razonable: quería seguir viviendo pero no estaba seguro de poder hacerlo. Al interrogarlo, dice que en verdad, no puede dejar de hacer ciertas "cosas"–así las llama–que le acarrean cada vez más dificultades en su vida cotidiana. Cuando pregunto sobre esas ciertas "cosas", comienza a aparecer un pacto con la muerte respecto de las substancias tóxicas que empleaba hasta el extremo de frecuentes sobredosis.

Cuando se refirió a las mujeres que enamoraba–era un pertinaz seductor–quedó en evidencia cómo generaba en ellas angustia amenazándolas salvajemente hasta el colmo de sus resistencias. Pero además, se ofrecía para ser golpeado brutalmente una y otra vez hasta límites en los que su vida dependía del azar y de su vigor físico, más allá de los cálculos que le interesaba hacer respecto de este pacto con la muerte.

Afirmaba que la función del alcohol era darle el coraje que necesitaba y, por ese motivo, no podía dejar de beber. Tampoco podía abandonar las drogas que consumía, sobre todo la cocaína que, habitualmente, combinaba en lo que llamaba sus *"drinks"*: alcohol potenciado con cocaína y anfetaminas.

Luego de esta frase, de esta presentación hecha con extrema crudeza, surgió un discurso totalmente elíptico, difícil de cernir y pleno de alusiones al tiempo que esperaba, siempre de mí, una complicidad respecto de los términos que él empleaba. Complicidad de sentido que, naturalmente, rehusé. Le formulé, entonces, sucesivas preguntas demostrando mi ignorancia acerca de ciertos sintagmas fijos con los que pretendía sostener el diálogo; curiosamente–o no tanto–, la mayoría de ellos eran extraídos de la cultura analítica. Debo decir que este hombre había transitado por no menos de quince divanes en su vida. Al ubicarme en esta posición de rehusar la complicidad de la comprensión debió comenzar a hablar, no sin reticencias, de lo que él llamaba su "consumición"; esta palabra tendría el valor de significante amo en su discurso y se hallaría *a posteriori* ligado con una secuencia que habría de circunscribir sus condiciones de goce respecto de las mujeres.

En este punto es necesario que resalte lo siguiente: un algoritmo central para nosotros en este curso saben ustedes que es el SSS; encontramos aquí otra vía de acceso a él. Curiosamente, como ya hemos dicho, es la interrogación la que tiene una función esencial en las entrevistas preliminares.

Es algo muy habitual en el discurso común que cuando alguien se refiere a uno dé por entendidas cuestiones que pueden, realmente, ser sobreentendidas; pero no es así en el análisis, pues si lo hiciera de eso modo el analista dejaría pasar determinadas frases que *supone saber* qué quieren decir: es lo contrario de la localización del SSS. La interrogación del analista cuando rehusa la complacencia respecto de saber exactamente lo que quiere decir el entrevistado con lo que dice, tiende a facilitar que pueda producirse el elemento que posibilite que haya análisis. Algo muy simple como la interrogación implica, al mismo tiempo, una puesta en cuestionamiento de las supuestas certezas de quién llega a la consulta. Por ejemplo, un entrevistado podría decir: "Lo que me pasa a mí es esto porque soy aquello" y el analista preguntar: "¿Por qué dice eso? ¿De dónde saca usted eso?", para que comience a argumentar sobre aquello que a uno le podría sonar, efectivamente, verosímil. No se trata de verosimilitud, se trata de

cuestionar las hipótesis que alguien trae como entrevistado al análisis y al mismo tiempo, por supuesto, la puesta en forma de esas mismas hipótesis.

En este caso particular, la interrogación fue fundamental ya que si no hubiera empezado por ahí no creo que habría habido posibilidad alguna de sostener ninguna entrevista preliminar; recuerden ustedes que este hombre estaba habituado al tránsito de diván en diván, a la "cultura" analítica y a su jergonofasia; este hombre hablaba como "un lacaniano", y repetía frases que había leído y/o escuchado.

Decía que cuando lo interrogué acerca de qué quería decir con "hábitos extraños" contó un episodio: luego de una decepción amorosa con una mujer se dirigió a una discoteca y armó un escándalo, una gresca con una desconocida. Al interrogarlo dio sus razones: había entrado totalmente alcoholizado (había pasado por un bar previamente donde, además había inhalado cocaína); en ese momento vio a una mujer en la barra que tenía un birrete militar y–sin pensarlo–la increpó, pidiéndole explicaciones de por qué usaba eso. Ella respondió al desafío sin ambages: sin mediar palabra lo golpeó con dureza contando–además–con la colaboración de otros hombres quienes, al ver lo que estaba pasando, consideraron injusto que una mujer pudiera ser golpeada por un hombre, entonces, sin importarles que el que sangraba en el piso era el hombre–y no la mujer– continuaron la golpiza hasta lastimarlo seriamente.

Conclusión: alcoholizado, drogado, golpeado salvajemente fue–además– encarcelado. Días después de esta acción pasional, retornó a ese lugar para buscar a "esa figura"–como él la llamaba–para disculparse, pero no la encontró.

Del relato de lo sucedido se desprende con absoluta claridad que él sabía perfectamente dónde se metía, con quién y qué es lo que podía sucederle.

Poco tiempo antes había tenido otro "accidente"–tal como él lo nombraba: había salido a la calle de noche y un colectivo lo había atropellado. Pretendió detener allí su relato, como quien contara algo natural; pero ante mi insistencia en la interrogación, evidenciando que no entendía, finalmente aclaró algo que había omitido en su primera narración y que explicaba este accidente. Ya molesto por las preguntas, agregó: "sí, en verdad fui yo el que

atropellé al colectivo". Curiosamente nunca hablaba del colectivero sino del colectivo, incluso decía que desafió a ese colectivo a que se detuviera frente a su presencia: él transitaba por una calle oscura y se metió caminando unos veinte metros antes del cruce posible, de golpe, en la línea de ese colectivo (es de destacar que el colectivo no venía muy rápido sino, tal vez no hubiera existido este caso que ahora les presento). Durante algunos segundos, como si supiera a quién se dirigía, le lanzó al "colectivo" toda clase de injurias incluyendo–lo que podríamos llamar de un modo gentil–*una oferta de retorno al seno materno*, insulto que–como veremos–le agradaba especialmente proferir.

Habría en esta acción algo muy familiar en juego que sólo posteriormente se develaría. La pericia del conductor logró salvarle la vida pero no evitar la colisión; así como al pasar, también se refirió–riéndose–a "la sorpresa" y a la "cara de angustia" de aquél quién–además–tuvo que llevarlo a un hospital, ya que tenía contusiones varias y no se sabía si se había roto una costilla.

A partir de ese momento se sucedieron una serie de entrevistas que duraron aproximadamente un año. En la entrevista siguiente a la que narró el "accidente", comenzaron a aparecer sutiles señales de que él estaba en lo que decía, cuando la función de la interrogación parecía concernirlo; pero inmediatamente después de que entraba en discurso, se salía; cuando parecía que estaba ahí, que en relación a lo dicho asumía una responsabilidad y una representación (de que eso que decía era él mismo, sus circunstancias, los efectos de sus actos), justo en ese momento y de una manera notable daba vuelta la página y pasaba a otra cosa, desresponsabilizándose nuevamente.

Con mucha dificultad comenzó a traer recuerdos infantiles, hablaba siempre de un modo elíptico, metonímico, pasando de un tema a otro; en estos tramos de sus entrevistas recordaría la frialdad que le adjudicaba a su madre–la que contrastaba con la excitación que él decía sentir cuando ella se desvestía, completamente, delante suyo, excitación para la cual "no tenía palabras, era algo sublime"; así lo describía. Por un lado, la frialdad de la madre; por otro, la excitación producida al ver su cuerpo desnudo.

Cuando contaba cinco años se instaló en él una respuesta frente a esa dicotomía. Era una injuria dirigida a su madre que él había pronunciado

involuntariamente: "puta", a pesar de que ella no lo escuchaba. En el momento en que se desvestía él, silenciosamente casi, hacía un gesto mudo mientras "pronunciaba" las cuatro letras de la palabra.

Vemos aquí el lugar que va tomando la voz para este hombre; curiosamente, años después, habrá de decir como al pasar, que el de la injuria, ése era el oficio de su madre. Desde que su padre los había abandonado cuando él tenía tres años, su madre desempeñaba la prostitución en una habitación contigua a la de él. Lo único que refiere–también como al pasar–, es que para él había cierta inquietud cuando los escuchaba pero nunca entendió lo que sucedía, aunque a pesar de ello, agregó: "yo siempre supe".

La frase se sostiene de una lógica contundente: no entendía lo que pasaba *pero, aún así* "yo siempre supe"; apreciamos el mecanismo de la renegación tal como ha sido capturado en la estructura de una frase: *no sabía, pero sabía.* Al mismo tiempo se puede ver que no hay dos escenas, no hay un antecedente y un consecuente; es en el mismo lugar en el que no entendía lo que pasaba que, justo allí, "sabía".

Pregunta:
–¿Es ésa la resignificación del hecho de los cuatro-cinco años?

E.S.: Está bien la pregunta; por cierto, hay datos de la historia infantil, pero ¿qué pasó con ellos?. Comprobamos que esto se parece mucho a una elaboración del saber neurótico hasta un punto preciso, el de la desmentida, y dicha formulación es decisiva; podríamos decirlo de este modo: la supuesta represión ha sido desmentida por una renegación. La frase "yo no entendía lo que pasaba en el cuarto de al lado, *pero yo lo sabía muy bien*" es un indicador de la estructura de la renegación en este sujeto.

Pregunta:
–¿La renegación de la represión?

E.S.: No, la renegación en el lugar de la represión. La renegación para Freud es el mecanismo de defensa que da cuenta de la estructura perversa

(traducida también como "desmentida" en la edición de Amorrortu). En este caso vemos cómo puede deducirse un mecanismo–y de allí una estructura clínica–a partir de un dicho; aclarando que, por supuesto, no alcanza el dicho para situar una estructura, se requieren otros indicadores y cierta redundancia en la posición de enunciación para efectuar una apreciación diagnóstica.

En la segunda parte del texto *Introducción al método…*, J.-A. Miller trabaja la relación que sostiene alguien con sus dichos y la llama "modalización subjetiva".[2] No solamente se refiere a cuáles son los dichos emitidos por alguien, sino qué relación tiene uno con esos dichos y qué posición toma cada cuál, como sujeto, frente a esos dichos. Por eso quería ofrecerles este ejemplo cuyo valor crucial está en relación al "pero" de la enunciación: es un dicho que vale por un decir, es un enunciado que está en el punto más próximo de la enunciación.

Retomando el caso, él llamaba a los ruidos de la habitación contigua: "los ruidos del mal". El hombre que decía encarnar las fuerzas del mal escuchaba los ruidos del mal en la habitación contigua. Lo que recuerda, además, es que a partir de los cinco años apareció un mecanismo ceremonial, una respuesta automática: cada vez que escuchaba "los ruidos del mal", respondía con el significante "puta". Era una manera de acallarlos.

Todos los elementos comienzan a entramarse, hay una combinatoria significante que comienza a disponerse según cierto ordenamiento y pueden ubicar ciertos elementos de la historia de esta persona, los que tienen una importancia decisiva para el caso.

Comprobaremos el destino de este principio de historización, pero ya comienza a quedar claro que la relación posterior que este hombre tuvo con las mujeres quedó absolutamente marcada por ese recuerdo infantil, por esas dos escenas entre los dos cuartos.

Se comprueba una verdadera paradoja que evidencia el psicoanálisis de la estructura de la subjetividad: cómo–desde el lugar de un tormento y una humillación indignante padecida por un niño indefenso de cinco años–un individuo habría de extraer un preciso goce con las mujeres.

[2]Miller, J.-A.: "Diagnóstico psicoanalítico y localización subjetiva", *Introducción al método psicoanalítico,* Paidós, Barcelona, 1998.

Luego de un prolongado número de entrevistas fue posible aislar una secuencia de goce que circunscribía la lógica que organizó los encuentros de este hombre con las mujeres. En ellos el amor y el goce aparecen entrelazados de un modo particular que anotaremos.

1) *Seducción*
2) *Enamoramiento*
3) *Desprecio*
4) *Coerción*
5) *Terror*
6) *Arrepentimiento*
7) *Entrega*
8) *Humillación*

La lógica que voy ahora a desplegar permitirá detectar ocho momentos que se repiten, invariablemente, de un modo secuenciado. Es de destacar que jamás se altera el carácter ordinal; ya que podría ser que se prescindiera de algún(os) paso(s), pero se mantiene siempre la jerarquía de la secuencia; y en caso de producirse una interrupción, el sujeto retorna al punto de partida y prosigue con los mismos pasos, una y otra vez. Esta secuencia se verifica en toda una serie de casos, ya que este hombre presentó una abundante casuística sobre su relación con las mujeres.

1) *Seducción:* es el juego del encuentro en el que cae fascinado por el amor que dice sentir por una mujer. Al mismo tiempo, la voz de su *partenaire* adquiere una importancia decisiva en el despliegue que él realiza para cortejarla. Posteriormente se comprobaría que la clave de la conquista consistía en el retorno de su propia voz mientras le hablaba.

2) *Enamoramiento:* captura del *partenaire* y posterior idealización. Es absolutamente claro que la mujer es investida de la figuración de la dama del amor cortés: endiosada, adviene inaccesible a pesar de estar allí, a mano; le dedica poesías, le recita fragmentos del discurso amoroso de R. Barthes que "inventaba" para ella, etcétera.

3) *Desprecio:* el brillo que sostenía su amada cae repentinamente; en su lugar adviene la burla y la degradación. Degradación especialmente articulada a

través de injurias, las que tanto nombran aquella parte femenina denotada en el retorno al seno materno, como así mismo el ser rebajado de la mujer que otrora le había permitido cifrar el goce de su madres.

Ustedes ven que, hasta aquí, podemos preguntarnos si se trata necesariamente de una perversión, porque en principio, ¿qué resonancias les provoca esta presentación? Sí, efectivamente, se trata de un rasgo de la sexualidad masculina que Freud ubicó como paradigmática de un tipo de elección de objeto del hombre, que es la degradación del objeto amoroso. Efectivamente, la crueldad del obsesivo se parece mucho a esto, entonces: ¿cómo y dónde ubicamos el rasgo diferencial?

Ven cómo los fenómenos nos orientan, pero si no tenemos un principio con el que a la vez interpretar esos fenómenos podemos caer en una descripción de evaluación clínica validada sólo a partir de fenómenos–que es lo que hacen los manuales del DSM que rigen a la clínica psiquiátrica hoy en día.

Vamos a ver cómo hay algunos elementos y fenómenos que, al ser considerados desde el punto de vista estructural lograrán orientarnos en el diagnóstico.

4) *Coerción:* luego del *desprecio* lo que surge es un verdadero "trabajo de pinzas" (así lo llamaba) emprendido sobre su víctima exigiéndole lo imposible, ya no sólo la insulta sino que hace algo más. Comprobaremos ahora que este punto de *coerción* localiza una diferencia que va a poder precisar el diagnóstico de estructura.

Este trabajo de cercado sobre su presa lleva siempre a situaciones en las cuales él le exige a una mujer que hiciera algo que ella no podía, provocándole estados de desesperación y angustia incontrolables (ya vamos a ver los extremos a los que llegaba).

Como se comprueba–incluso por los términos elegidos en su relato–ha transformado a su *partenaire* en una víctima (la llama "presa"), la que es cercada y luego cazada.

En el entramado de las escenas, en su preparación, pero no menos en el cálculo que efectúa sobre sus conductas de cercado se pueden comenzar a ubicar algunas diferencias con la fenomenología de la obsesión–aunque

en sí mismo el obsesivo puede llegar a participar de algunos de estos rasgos. En este caso se presenta una secuencia organizada cuya reiteración es condición absolutamente indispensable para la realización de su goce. Estamos intentando tomar los elementos que nos permitan realizar el diagnóstico diferencial entre las dos estructuras: neurosis y perversión.

5) *Terror:* a las injurias verbales y a los pedidos desmedidos adiciona ahora, invariablemente, llamadas telefónicas en las que utiliza cualquier recurso para intimidarla; llamadas realizadas–por supuesto–a cualquier hora de la noche, de la madrugada, de la tarde, del día. Generalmente estas llamadas las realiza cuando se encuentra alcoholizado y bajo los efectos de la cocaína; es curioso cómo surge aquí un "saber hacer", el saber encontrar el punto donde siempre llega a la angustia del *partenaire*, instrumentando sus tácticas según las particularidades de cada mujer, es decir, siguiendo sus puntos débiles. Es por eso que se suele decir que el perverso es un cazafantasmas–y no en el sentido de la televisión, del cine, las películas, o la serie, sino en el del atrapa-fantasmas de cada cual, de apuntar justo al punto de goce del otro. Se entiende mejor por qué J.-A. Miller ha dicho que el verdadero perverso puede querer dedicarse al psicoanálisis para satisfacer su pulsión *voyeurista*, pero también para rectificar el goce de los demás.

Ahora, en este quinto punto del *terror* que provoca en el *partenaire*, las respuestas que aquí obtiene son variadas ya que, como se dice, "hay mujeres y mujeres" y los cálculos no siempre le salen.

Algunas veces la mujer logra desprenderse de él en ese momento, aunque nunca de una manera fácil, ya que cuando comenzó la relación él se aseguró de que ella estuviera bien aferrada al anzuelo del goce; él había sabido tocar primero con la seducción y luego con el enamoramiento un rasgo de goce del otro (es que siempre el amor vehiculiza un goce que recubre y al mismo tiempo evidencia y está en cada cual saber ubicar ese punto de goce, pero sobre todo qué hacer con eso). Otras veces, la mujer logra salir con la ayuda de la fuerza pública o de otro hombre–a veces de algún familiar, algún amigo o varios hombres que acuden en defensa de la víctima, en ocasiones con severas palizas incluidas. Pero como él sabe dónde pega–y no solo dónde es pegado–es frecuente que su *partenaire* quede enganchada como un pez en el

anzuelo hasta el paso siguiente.

Ven ustedes todas las condiciones que debe tener una mujer para soportar esta serie de ocho puntos. En verdad, queda absolutamente claro que el héroe no es el sujeto, el hombre, sino la mujer en caso de que logre sostener, atravesar y salir airosa de estos ocho puntos (risas).

6) *Arrepentimiento:* si él ha logrado conducir a la mujer hasta este punto, ella comienza a sentirse no sólo angustiada sino desesperada, sin saber qué hacer, pidiéndole por favor que termine con eso, diciendo–por ejemplo– que ella lo quiere, que no siga suponiendo que sale con otro. Porque una de las historias más obvias es: "tenés otro hombre" cuando él sabe perfectamente que no lo hay. No es una duda obsesiva respecto de si pudiera haber o no otro hombre para esa mujer, no es el *otro hombre* de la obsesión el que se pone en juego: él sabe perfectamente que no hay otro hombre–a decir verdad, y si lo hay no le importa, es más, hasta busca que ese otro hombre aparezca y si es posible le pegue.

Pero llegado a este punto, lo que comienza a surgir en él es una profunda tristeza. De repente, cuando llega a este punto se arrepiente y–con una lucidez inusitada hasta ese momento–es como si se "curara" de este uso perverso del goce. Dice que no puede entender cómo hizo eso, que todo ha sido como una pesadilla de la que él ha sido testigo pero no protagonista, que no era él, que estaba fuera de sí y que quiere redimirse. Una vez más, dice haber sido poseído por las "fuerzas del mal"–y atención, ya que esto no lo dirá una vez, sino cada vez que alcance en el relato este punto del encuentro.

Pregunta:

–En relación a la culpa: a veces parecería que del lado de la perversión no hay la culpa y a veces hay fenómenos que tienen estatuto parecido a la culpa y, sin embargo, se diferencian de la culpa neurótica.

E.S.: No sé si se puede generalizar pero, en principio, no se podría decir que no hay culpa en el sujeto perverso, ya que sí la hay. Lo que sucede es que aparece en muchos casos desplazada y en los lugares en los que uno supone que tendría que estar, no hay ni el menor indicio de ella. Por ejemplo, en

este punto del arrepentimiento: ahí vendría con la culpa "adosada", pero hay que entender que esto forma parte de toda una secuencia, y en los pasos anteriores en los que lo mínimo que tendría que haber habido es culpa (en el desprecio, en la coerción, en el provocar terror), ésta no aparecía. Aparece cuando el suceso que ha protagonizado ya pasó y a partir de una especie de auto-imputación, pero ofrecida al analista: "¡Cómo pude hacer eso!", "¿Dónde estaba?", "¿Quién era yo para hacer eso?" Allí aparece ya una disculpa, la puesta en forma de la culpa en el horizonte de su resolución. Pero también podemos interrogarnos hasta qué punto se trata de una aceptación de la culpa en vías de su resolución responsable o de un ardid con el lenguaje.

7) *Entrega:* es el momento en el cual él intenta retornar a ella disculpándose hasta las lágrimas y ofreciéndole invariablemente un regalo muy valioso. Curiosamente, siempre este regalo es más de lo que él puede pagar, él da allí más de lo que él tiene, siempre se endeuda al entregarlo.

8) *Humillación:* frente a las continuas y reiteradas negaciones por parte de su *partenaire* de aceptar semejante "paquete", finalmente es él mismo el que termina–en este último paso–ofreciéndose como un ser "abyecto y miserable" (éstos son sus términos, indicadores de culpa en retardo) al par que suplica de todos los modos imaginables el perdón. Generalmente llega–literalmente–a echarse a los pies de esta mujer, de cada mujer, llorando a los gritos y abrazándola desesperadamente. Es la escena en la que conmueve y–sobre todo–apunta a producir lástima en ella.

Hay una particularidad, un detalle que tiene para nosotros valor indicial de estructura: en esta entrega no le interesa para nada la participación efectiva de su "víctima", es decir, el consentimiento o la reprobación de ella. Él solo despliega este juego escénico más allá que ella le diga que sí o que no. Lo importante es realizar este paso del juego amoroso.

Aquí podríamos tener un elemento de diagnóstico diferencial y discutir: ¿no es eso un ceremonial?, ¿no se parecería en su estructura también a la obsesión? Sí, es parecido pero es diferente. En primer lugar, no se trata de un riguroso ceremonial en varios pasos para defenderse contra el goce: por el contrario el ceremonial–en caso de que pudiéramos emplear este término–es la puesta en escena del goce perverso.

Además, toda la direccionalidad hacia el amor del otro es sólo aparente, la demanda hacia la mujer invocando su amor y suplicando su perdón no esconde sino indiferencia. Se trata de un sentimiento absolutamente vaciado, no solo de sentido, sino de significación amorosa: ahí también se manifiesta el valor del goce del montaje de la escena "delante" del amor.

Sus palabras lo ilustran mejor, ya que él buscaba a "una amada eterna" pero al rato de haber finalizado el *affaire* caía inmediatamente el peso del *partenaire* y se hallaba liberado para ir en busca de otra mujer, sin aflicción alguna.

Por eso en el último paso, que la mujer dijera que sí o no, no importaba. Si ella le decía que sí, que lo perdonaba, él podía permanecer un rato y aceptar–rato que eran 15 minutos (risas), en el mejor de los casos, un día o dos–; pero enseguida volvía nuevamente desde el desprecio y montaba todo de nuevo.

Generalmente, como se imaginan, eran las mujeres las que interrumpían el circuito. Pasaban del paso tercero hasta el cuarto–o incluso el quinto–pero no era frecuente que llegaran al *arrepentimiento*, aunque también es cierto que se solía encontrar con mujeres histéricas dispuestas a condescender desde su fantasma al goce de un hombre perverso.

No solo con este material se armó la teoría del trauma freudiano (con la escena de seducción y/o de violación), también es frecuente encontrar estragos en mujeres histéricas que llegan habiendo sido despedazadas–en casos extremos sin ninguna metaforización–por sujetos perversos.

Como se desprende de su relato, al intentar cumplir con estos pasos, podían ocurrirle una serie de accidentes. Por ejemplo, la escena montada con la mujer con birrete nos muestra un cortocircuito. ¿Cómo se inicia? ¿En qué momento, de los ocho mencionados, entra en la escena la "mujer con birrete"? En el tercero; él entra directamente con el *desprecio*, prosigue el cuarto momento con la *coerción* que intenta imponerle para que deponga su actitud; en el quinto, por un minuto, llega a producir el terror necesario para que "la mujer del birrete" huya y lo golpee, iniciando esa gresca descomunal hasta detenerse en el *arrepentimiento*, que es el sexto momento, ya que–recordaremos–él retorna para intentar disculparse con esa "figura"

aunque no logra hallarla. Es muy preciso el término "figura" que él emplea, para ubicar que hay algo que va más allá de cada una de las personas a las que él se refiere: hay una forma que da cuenta de esta "figura" y es "eso" lo que se repite allí. Es en este sentido que la secuencia llega, en este episodio, desde el tercero al sexto momento.

Cuando suponía ya–luego de un año de entrevistas–que él había situado bajo transferencia este circuito que cifraba su condición de satisfacción, y cuando estaba a un paso de responsabilizarse, de reconocerse en el mismo, este hombre adoptó una nueva estrategia que se adhirió por la transferencia a la persona del analista. Se los diré con una frase: "se la agarró con el analista", lo que era de esperar. Vamos a ver bajo qué forma.

A los llamados telefónicos que dirigía a las mujeres para finalmente amenazarlas, añadió–al mismo tiempo–pedidos de ayuda al analista formulados por ese mismo medio. Al mismo tiempo que amenazaba a las mujeres–estamos entre la *coerción* y el *terror*–se sentía embargado por un malestar que lo impulsaba a llamar por teléfono al analista para pedirle ayuda "para no hacerlo más".

Ven aquí lo complicado que es mantener una posición humanitaria (en el sentido en el que Lacan habla de la "posición inhumana" que cabe al analista). Tomar una posición psicoterapéutica y querer cuidar a la persona para que no se dañe, ni dañe a los demás hubiera sido en este caso tan encomiable como inútil.

En éste, como en muchos casos, el actual de un modo terapéutico buscando el "bien" de un sujeto (el que, como aquí se aprecia no quiere su bien sino tan solo gozar) suele conducir al *acting out* y/o al pasaje al acto.

Porque, además, cuidarlo implica des-responsabilizarlo, y el problema verdadero es cómo responsabilizar al *parlêtre* por sus actos: es un verdadero problema mayor que hay en el análisis, pero no menos en las entrevistas, problema que se acrecienta en la dirección de la cura con el sujeto perverso.

Pero, entonces, ¿cómo parar esas llamadas: un "ayúdeme porque no pude dejar de hacer eso"? Él pide que le diga qué es lo que debe hacer aunque–paradójicamente–él sabe que no podría dejar de hacer lo que hace. Más allá del humanismo, ¿cómo responder?

Este empleo del lenguaje devela, decíamos, su faz de medio de goce: él dice: "ayúdeme" y alguien puede estar tentado de ayudarlo para que no haga "eso" otra vez, pero él sabe, se sabe, que "eso" que él hace no podrá dejar de hacerlo, porque ésa es la voluntad de goce en la que él se sostiene. Además, el obtiene goce no solo al hacerlo sino al decirlo; en verdad, al hacerlo lo dice, y al decirlo lo hace: este dicho, en su condición de goce, adquiere un valor performativo.

¿Conocen ustedes la fábula del escorpión y la rana? El escorpión, montado sobre la rana para cruzar el arroyo en la tormenta y siendo su única salida estar arriba de ella, no puede dejar de clavarle el veneno, es decir, no puede dejar de hacer aquello que su voluntad de goce le demanda. La rana moribunda pregunta: "Pero, ¿por qué lo haces?" Y el escorpión responde: "Está en mi naturaleza", es decir, "es mi condición de goce", traduciríamos nosotros. Me parece que esta fábula es una excelente metáfora del problema de la voluntad de goce en la perversión, al par que sitúa la relación del sujeto perverso con la muerte. Este empuje criminal apunta verdaderamente al corazón del ser; no se trata aquí del coqueteo obsesivo con la muerte, no es que él se atormenta pensando en la muerte mientras es un "muerto vivo"… al deseo. Acá se trata de ir a rozar lo real de la muerte, a intentarlo una y otra vez, por ejemplo, amenazando al otro para intentar hacerlo gozar y ofrecerse como instrumento del goce del otro, hasta podríamos decir–irónicamente–como instrumento "colectivo" del goce (recuerden la escena en la cual este hombre atropella al colectivo, no personalizó en el colectivero, la embestida decía, era contra el colectivo).

Nuevamente, el interrogante es qué hacer frente a estas llamadas cuando el centro de la cuestión era entender que no me llamaba para que lo ayudara, sino para hacerme gozar: ¿Comienzan a darse cuenta que la secuencia que está localizada allí intenta, ahora, ubicarme a mí en esta posición de víctima del goce?

¿Cuál fue mi respuesta? Intentaba–como podía, con lo que se me ocurriera en el momento–hacer parar estas llamadas en su perentoriedad, porque siempre tal como él las planeaba, eran al límite de la angustia (del otro); ya que, en verdad, lo suyo era desesperación, o mejor aun, empuje urgente al otro

de respuesta; la angustia estaba del otro lado, era transmitida efectivamente a su interlocutor al que localizaba en el lugar de rana, es decir de víctima del sacrificio. Por mi parte, intentaba hacer pasar esas llamadas al espacio analítico: "hablaremos de eso esta mañana" y cortaba, por más serio que pudiera ser el sentido de lo que decía. Para entonces yo sabía que esas llamadas no eran un pedido de ayuda sino una manifestación de la voluntad de goce.

Aquí se demuestra que el problema que se presentaba no era técnico sino ético: no se trata de una simple condición de sujeción a una regla para cuadrar una interpretación, sino de que el analista sabía que se trataba de tomar posición, de que podía estar en riesgo la vida del entrevistado o la de su "víctima" (esto último es lo que parecía más probable); pero también sabía que tenía la chance de que alguna palabra, alguna intervención pudiera interceder para separarlo del goce que lo habitaba, de esa voluntad de goce con la que se consumía. Esa era la suposición en la que yo me sostenía para responder; pero comprobaremos que no fue suficiente. Pude responder adecuadamente durante algún tiempo hasta que, casi imperceptiblemente, en una de esas llamadas me deslizó una amenaza (que al principio era encubierta): notoriamente alcoholizado exigía en ese momento de mí una entrevista, justo en ese mismo momento, sin dilaciones (debo decirles que eran las tres y media de la mañana de un domingo). El desafío y la burla eran manifiestos; continuó diciendo que yo tendría que demostrarle–y de una buena vez–qué tan buen analista era. Es más, debía mostrarle cuál era mi clase de hombre (así fue dicho por él: "a ver cuál es su clase de hombre") ya que solo así él podría comprobar si realmente su analista se encontraba en condiciones de tratarlo–comprueben ustedes la situación en la que puede quedar ubicado un practicante del psicoanálisis al intentar cumplir con su función.

Agregó que tenía el dinero suficiente para pagarme, que no era un problema de dinero y que–en realidad–siempre lo había tenido, aún cuando–ahí confiesa–había fingido no disponer de suficientes recursos económicos. Terminaría la frase diciendo que, además, era mi obligación atenderlo.

Esta llamada permitió constatar su astucia, su voluntad de goce, pero también su decidida voluntad de hacer fracasar al Otro. Esta es una voluntad que suele manifestarse así, con claridad en las maniobras del sujeto perverso. Se desprende, además, el uso que había implementado de una deuda de análisis: él había dicho no tener dinero, y me había pedido por favor que le tuviera paciencia, que me iba a pagar, que no podía en ese momento. Luego, en el teléfono me dice: "Mentira, tenía para pagarle y la usé en otra cosa" y–haciendo uso de la deuda que él había contraído–me sugiere haberlo retenido por otra causa diferente de la de analizarlo. Él por su parte–en referencia a la pregunta que hacían antes sobre la culpabilidad–no se siente culpable por haber usado el dinero que le debía al analista. Además, agregaría en ese momento: "habrá que ver qué es lo que usted hacía allí y para qué quería usted seguir analizándome si yo no le pagaba". Ustedes ven que esto es lo contrario de la culpabilidad, más bien la falta aparece nuevamente del lado del Otro. Al mismo tiempo me recordaba su maldad, lo que llamaba sus "malas artes". Mientras hacía esto llegó a desafiarme de un modo explícito: yo tenía que curarlo a él para convencerlo de la conveniencia de analizarse conmigo. Se aprecia cómo están totalmente subvertidos los términos analíticos, cómo la dialéctica que está planteada no es la de culpabilidad, la de la represión, la de la relación a la suposición de saber en el Otro.

En este punto decidí interrumpir esa satisfacción diciéndole esta frase: "En estas condiciones suspendo sus entrevistas", y le corté. Esa noche no volvió a llamar.

Durante ese último tiempo las llamadas habían sido insistentes; no era una llamada, podían ser cuatro o cinco y se sucedían hasta que, por mi parte, encontraba una palabra que podía limitar ese goce de la mostración. Su estrategia era perseverar: si estaba el contestador, dejaba el mensaje y continuaba con los llamados (hasta que había que desconectar el teléfono). Es de notar que cuando uno desconecta el teléfono sí que queda en las manos del otro, porque uno puede quedar allí escuchando el teléfono que suena–sin saber si en verdad suena o no. Entonces, en este punto, la división puede quedar realmente del lado del analista. Fue una situación

muy complicada, ya que la pregunta es: "¿cómo responder?" No hay ninguna fórmula, porque–debo decir que había probado casi de todo: incluso primero había pensado en desconectar el teléfono, hasta que me di cuenta que de esa manera la voz del teléfono me hacía gozar.

Ergo, yo no podía permanecer en el lugar en el que me estaba colocando porque entonces sí que no lo podría analizar.

Retornó a su siguiente entrevista, ya que él escuchó que la frase pronunciada no era una expulsión sino una advertencia–"en estas condiciones.."–que dejaba lugar allí, a cierto equívoco: ¿cuáles eran esas "condiciones"? ¿Eran las condiciones de goce de él?, ¿las condiciones de la llamada?, ¿las condiciones de que me siga llamando por la noche a mi casa por teléfono?, ¿cuáles eran las condiciones?

Pregunta:
–¿Por qué las seguimos llamando entrevistas y no análisis?

Intervención:
–¿No fue acaso porque en el preciso momento en el que estaba por responsabilizarse fue que empezó con estas maniobras?

E.S.: Es exactamente eso lo que yo estaba buscando en estas entrevistas preliminares: la puerta de entrada al análisis y me pareció que en este caso la puerta de entrada podía ser esa–luego de habar ubicado la secuencia–que situaría la responsabilización del sujeto (al menos un atisbo de ello respecto de eso que él hacía, que él les hacía y les hacía hacer a sus *partenaires*). Pero cuando estaba por acontecer, por situarse el significante de la transferencia con el cual darle entrada en análisis, la transferencia perversa hizo lo suyo.

Intervención:
–En ese sentido se confirma que el perverso no puede analizarse.

E.S.: No podemos generalizar, por lo tanto lo que yo estoy tratando de hacer es ubicar un caso problemático con un sujeto perverso respecto de las

entrevistas preliminares. Después, arribaremos a ciertas conclusiones pero no podemos, a partir de un caso, llegar a una generalización que valga para todos los sujetos perversos. Estoy intentando transmitir ciertas dificultades que pueden presentarse en las entrevistas preliminares para decidir analizar a una persona con determinadas características.

Pero está claro que no había sancionado la entrada en análisis hasta ese momento. Jamás la hubiera sancionado por lo mismo que han dicho recién, estaba ne busca del umbral porque la evaluación clínica–en el inicio de las entrevistas–había considerado el diagnóstico diferencial respecto de la psicosis.

Pregunta:
–¿Llevó mucho tiempo establecer ese diagnóstico de perversión?

E.S.: Llevó algunos meses para verificarlo pero después hubo más meses para ver cómo implicar al sujeto en su goce perverso–es decir, si había alguna posibilidad de que pudiera responsabilizarse y estuviera dispuesto a tratar esa satisfacción que atentaba contra el otro, pero, especialmente, empleando al otro contra sí mismo. Pues la posición masoquista de este hombre, el goce masoquista que obtenía en sus encuentros era absolutamente claro, inclusive comenzaba a vislumbrarse en las relaciones sexuales con las mujeres una distribución contractual del goce, pero de esto no llegó a hablar, de eso no quería hablar demasiado. Dio a entender que se hacía golpear por las mujeres de una manera muy específica: parecería que lo hacía atado en ciertas condiciones, con ciertos implementos que sugería hacía emplear a su verduga, aunque él era el amo verdadero de la escena porque, al parecer, estaba totalmente pautada. Pero–insisto–no habló demasiado de ello.

Volvió luego del llamado que comenté pero esta vez, alcoholizado, lo que–hasta el momento–nunca había hecho. De ese modo instauraba una paradoja en el dispositivo: yo sabía que él quería ser echado, expulsado por mi como una escoria, como un ser abyecto–¿se acuerdan que era una de las palabras con las que se definía? El quería ser expulsado, yo tenía que decirle que se fuera: éste era el dilema al que yo tenía que responder en

ese momento, porque de acuerdo a cierto precepto–que se podría tomar en su valor general–el analista se tendría que resistir a aceptar a alguien drogado o alcoholizado en la sesión; convendría que le dijera que lo esperaría cuando estuviera en abstinencia. Pero en este caso había algo muy singular, y era la condición de satisfacción que se ponía en juego. Decirle que se fuera era convalidar esa realización de goce, porque todas sus maniobras apuntaban a eso, a hacer gozar al Otro ya que ahí sería el analista el que gozaría expulsándolo y él entonces quedaría ubicado en el lugar de objeto arrojado del Otro.

¿Se dan cuenta del dilema? Además, siguiendo la secuencia antedicha, ese avance delimita una nueva torsión–ahora bajo transferencia–para (volver a) realizar exactamente allí su posición de goce: mostrarle al analista hasta qué punto está dispuesto a servirse de las substancias tóxicas para poner en juego un nuevo movimiento de su "plan de goce"; es decir, ¿quería *coaccionar*, infundir *terror* a su analista o quería hacer valer el *arrepentimiento* por lo que había hecho en la madrugada anterior?

Pregunta:
–¿Comentó cómo salía de los otros análisis que había atravesado?

E.S.: Fueron análisis en los que había pasado exactamente lo mismo que con las mujeres, las había llevado a ese punto–porque sus terapeutas eran casi siempre mujeres…

Pregunta:
–¿Él le había ofrecido más plata?

E.S.: Sí, pero ese ofrecimiento de más plata así como su humillación (aparente) eran una coartada, porque en verdad decía: "ahora puedo pagarle", "venga ahora (a las tres y media de la madrugada del domingo), deme la sesión y voy a pagarle lo que sea", "demuéstreme que usted puede venir".

¿Cuál fue mi respuesta? Frente a mi sorpresa–no sólo la de él–lo admití. Fue una entrevista muy difícil porque comenzó a desplegar su maldad y

rencor desafiante, mientras quedaba muy clara la imposición del alcohol sobre él, la coacción que en él ejercía y cómo con eso quedaba fuera de la enunciación. Lo único que quería asegurarse es de hacerme saber que él estaba allí, pero no menos que él no quería saber nada de nada y que se trataba de verificar si yo podía soportarlo. Esa era la formulación, la enunciación que se deprendía de sus dichos.

Hasta que en un momento dado dio un paso más que precisó su posición. Luego de citarlo para el mismo día (apostando a que volviera abstinente o por lo menos que cediera en algo la toxicidad), retornó mostrando su goce exquisito: manifestó que lo que en verdad quería era que yo "me quedara seco" esperándolo "hasta la muerte".

Comprueban ustedes los refinamientos de la voluntad de goce perversa; por el contrario, suelen precisarse años para llegar a la construcción, a la cristalización del fantasma neurótico. En este caso surge la voluntad de goce directamente en la frase; es el significante mismo la marca del goce "sí, sí, quiero que usted espere allí, espere hasta la muerte".

En ese momento decidí suspender la entrevista y citarlo para el día siguiente; quedó aturdido, se levantó de golpe; parecía salir de un estado onírico profundo.

En la siguiente, pudo ubicar el modo con el que la función del alcohol lo ayudaba a realizar un preciso fantasma de vampirización; la elaboración parecía haberse relanzado.

Pero una vez aislado la totalidad del circuito en el que dicho sujeto condensaba su satisfacción—y precisamente cuando parecía hallarse en posición de reconocerse en él a partir del significante "consumición" (que ligaba la coacción ejercida sobre el otro, al sufrimiento de su existencia con las ingestas tóxicas)—el entrevistado adoptó un último recurso: intentar coaccionar a una mujer que lo había abandonado por su crueldad—una vez más—para que ella retornara a él por la mediación de un niño al que había aleccionado muy precisamente para "engatusarla". Además esa mujer era estéril y él sabía el impacto que ejercería sobre ella usando este recurso.

Fue en ese momento cuando decidí suspender las entrevistas, haciéndole saber a esa persona las razones por las que no le daría entrada en análisis: él

pretendía una y otra vez rechazar su responsabilidad respecto de los actos que realizaba en su vida, utilizando cualquier recurso para lograrlo. Desde la posición analítica no podía–ni debía–convalidar esa falla ética.

Consumir o ser consumido, tal el *vel* con el que se desplegaba en este sujeto un fantasma de vampirismo.

Por este sesgo no era infrecuente que al ofrecerse como instrumento del goce del Otro, él pasara a transformarse en el Otro propiamente dicho. Por lo cual, querer ser el Otro y dejar que el otro, su semejante, finalmente se sacrificara por él, denuncia por este sesgo su canallada: un "bien apetecible", también del perverso.

Al final, es decir, luego que le fue comunicada la interrupción de las entrevistas entregó la "verdad" de su nombre de goce, cifrado a partir de un lapsus: *"yo soy las banderas del kami-sake,*[3] *el problema es cómo entregar ese producto a otro".*

Se aprecia el modo perverso con el que este hombre sostenía un singular ideal de "curación": efectuar una precisa transferencia de goce al Otro (traspasar las banderas del *kamikaze*, devenido *kamisaque*). O–dicho de otra manera: la voluntad de intoxicar al Otro con lo mortífero del goce.

Me parece que este caso permite localizar el modo exacto por el cual el goce es el envés silencioso del Ideal; y el perverso, un "cruzado" que se dedica a intentar hacer existir al Otro infiltrándole goce, en una maniobra diferente de la estrategia neurótica en la que el sujeto pretende hacer existir al Otro, por ejemplo, por el saber.

Queda demostrado en este caso de entrevistas preliminares cómo el *saber* puede resultar inadecuado para la dirección de una cura, sino–y especialmente–un medio de goce. No se preocupen, en caso de que se lo olvidaran, siempre habrá un sujeto perverso para recordárselos.

28 de mayo de 2002

[3] Solía llamar "saques" a su consumición de cocaína.